JARILLA

NOVELA

CAROLINA CORONADO

¿Quién no ha visto algún castillo feudal? Y ¿quién al ver uno tan magnífico como aquél de que dió posesión D. Juan II al señor de Villena, no hace en su mente un paralelo entre las torres que habitaban los hidalgos de entonces y los palacios que habitan los grandes de ahora?

Allá, en una sierra sobre un pueblo donde se fabrican búcaros de rojo barro, se alza todavía el castillo que prestaron los godos a los árabes para hospedaje de siete siglos, y que después volvieron a habitar los mismos godos, sin que una sola piedra hubiese dado indicio de la flaqueza que con el tiempo revela toda fábrica de mortales. Allí están todavía, negras, severas, terribles, descollando por cima de los pueblos y viendo a las generaciones batallar girando en torno de sus pies, como las nubes en los días de tormenta.

Sería por el mes de abril, cuando don Juan II de Castilla pasó desde Córdoba a Extremadura, a combatir al maestre de Santiago y a su hermano el infante don Pedro, que continuaban defendiéndose dentro de los muros de Alburquerque.

Había combatido don Alvaro de Luna con 80.000 hombres y 10 000 caballos, y seguido de la flor de los caballeros andaluces y de toda la nobleza castellana. Allí, entre muchos nombres distinguidos, lucieron sus pendones los nobles condes de Haro, de Ledesma, de Castañeda, de Medellín, de Plasencia, de Niebla y de Benavente. Allí, León, Saldaña, Toledo, Stúñiga y Albornoz mostraron su heroico esfuerzo. Pero quien más se había señalado por su abnegación en el combate, fué un doncel del Rey, llamado Román, que se decía hijo del marqués de Villena, si bien la dureza y el despego con que siempre éste le había tratado no justificasen aquel título de la naturaleza.

El Rey le profesaba en cambio de esto un tierno cariño, que se había aumentado en estos últimos años con las hazañas del caballero No faltaban envidiosos que motejasen a Román de haber en la batalla dado sobradas muestras de piedad socorriendo a un moro que cayó herido en una zanja, después de haber peleado con él, y librándole de la furia de los cristianos que intentaban rematarle.

Antes de pasar a Alburquerque tenía dispuesto el Rey dar a Román la posesión del castillo de Salvatierra, entonces deshabitado, y para ello pensaba detenerse un día en el de Nogales, que pertenecía a su hijo el Príncipe heredero don Enrique.

Digo que sería por el mes de abril cuando la comitiva del Rey atravesaba una cordillera de cerrados montes, en cuyas entrañas solo las fieras se atrevían entonces a penetrar. Su Alteza iba, como siempre, distraido en no pensar en nada. El condestable don Alvaro de Luna iba pensando que si hubiera nacido rey no tenía que intrigar para ser favorito; el Príncipe, en lo poco que le aprovechaba ser de la sangre real, estando como estaba sometido a la tiranía de don Alvaro; cuando un paje de lanza de la casa de Villena exclamó santiguándose uno de los rostros más feos que había producido Extremadura, de donde era nacido:

—La gracia del Señor nos acompañe, María Santísima nos proteja, que vamos a pasar por los castillos del «Moro Regio».

—¿Qué castillos son esos?—preguntó Román.

—Esos castillos—respondió éste—eran de un Rey tan alto como aquel cerro, y de una fuerza tan atroz que derribaba a un cristiano solo con poner en su frente la punta del dedo indice.

—Y ¿qué fué de ese moro?

—Esos tres castillos que ve su señoría, y toda la tierra hasta llegar a la cima de aquella sierra eran suyos, y tenía además el moro grandes tesoros encerrados en ellos, y una cristiana de tan peregrina hermosura que daba pasmo a cuantos alguna vez acertaban a verla asomada a las torres.

—Pero, ¿qué fué del moro?—repitió impaciente el heredero de Villena.

—El señor don Enrique III (q. e. p. d.)—contestó el paje descubriéndose (como todos los que alcanzaron sus palabras)—, lo echó de sus castillos; pero ha sido sin fruto, porque cuantos hidalgos han venido a habitarlos han sido muertos por la «sombra del moro», que se quedó «pegada a las paredes».

Habían llegado al primer castillo, que descollaba airosamente entre los otros dos, separados a derecha e izquierda por el radio de dos leguas, y Román, alzando los ojos hacia su inmensa mole, detuvo su corcel con respetuosa admiración.

—Doncel—gritó don Juan II—, arriba y veamos cuantos valientes se pueden colocar tras las almenas de tu castillo.

Escapó hacia el alto el caballo del Rey y tras él los principales señores de la comitiva, excepto don Alvaro, que creyó inútil subir, cuando tenía noticia de aquel y de todos los castillos que se hallasen en los dominios de su Soberano.

Cuando llegaron a las murallas del castillo, ya unos a otros no se distinguían. Las nubes habían bajado a la loma de la sierra, y envolvían a los nobles caballeros, haciendo brillar con sus relámpagos sus cascos, sus escudos, sus acicates y sus espadas como millares de centellas.

Román, saliendo de entre una nube, era el más adelantado, cuando un redoblado trueno, que estalló a sus pies, espantó a su alazán y le obligó a retroceder sobre un precipicio que tenía la sierra hacia la parte de Oriente. Luchaba el bruto entre las piedras, haciendo saltar con sus cascos encendidas chispas, y a cada trueno que retumbaba en aquella noche repentina, se volvía desatentado y ciego, unas veces avanzando hacia la sierra, y otras queriendo precipitarse de lo alto de ella.

Abalanzóse el Rey a una ventana del salón principal, y tendió la vista sobre los campos. Nada se veía sino las nubes girando en torno, como bandada de negras y blancas cigüeñas.

—El más bravo de mis guerreros, dijo Su Alteza, volviéndose tristemente a los señores, el más sabio no solo de los jóvenes, sino de los viejos, se ha despeñado tal vez por esa altura, y tengo que señalar esta hora entre las más desgraciadas de mi vida. Que salgan cuatro arqueros y que le busquen.

Pero en aquel instante una luz vivísima deslumbró al Rey; una culebra de fuego cayó rozando la torre, y los que estaban más lejos vieron caer a Su Alteza medio ahogado. Pacheco se acercó al Rey, le tomó en sus brazos y le sacó al aire libre. En tanto decía el paje de lanza a los demás mostrándoles una fuente que en un salón del castillo se conserva todavía:

—Esta es la fuente donde bebía el moro. ¿Por dónde viene el agua? Veis que aquí no puede subir sino por arte de «encantamiento».

En efecto, el agua de esta fuente no sube, sino que baja desde la plata-forma por medio de acueductos perfectamente dispuestos. (1)

El Rey se recobró; cesaron los truenos, huyeron las nubes, despejóse el cielo, y se pudieron ver desde las torres los campos cubiertos de árboles, tadavía inclinados al peso de la lluvia, los abismos cegados por el agua, los arroyos recién nacidos que hacían su primer entrada en los valles.

—Mirad a nuestra izquierda, dijo Pérez, aquel monstruo negro que se levanta desde aquella hondonada. Allí era donde más tiempo habitaba el moro. Mirad a la derecha aquel fantasma blanco, donde se vé ondeando el pabellón real. Allí vamos a dormir esta noche. ¡Loado sea Dios si no nos suceden más desgracias! ¡Ya véis que solo por haber entrado en este castillo han sucedido dos! La «sombra del moro» está «pegada a las paredes» de sus tres castillos, y esa es la que ha traido la tormenta sobre nosotros, y la que se ha llevado por los aires al doncel!

---

(1) Tiene 30 pies de longitud por 15 de anchura, y nunca se ha visto agotada, por lo que se ignora su profundidad. El agua se conserva pura uno y otro año, y a ella acuden las cabras a beber.

AVENTURA DE ROMAN EN UNA SELVA

En lo más recio de la tormenta dejamos a Román luchando con el espantado bruto, y no era en verdad probable que lograra refrenarle. Rendido al fin, dejó al corcel que se entregase a su propio instinto, y entonces empezó una carrera no interrumpida sino por nuevos espantos que le producían las rocas, hacia las cuales se precipitaba, y que hicieron creer de todo punto al nieto del nigromántico que iba a caer en uno de los abismos, sin que le quedase la esperanza de resucitar algún día como su abuelo en una redoma.

Vióse Román encerrado en una cuenca rodeada de sierras por todas partes. Decidióse a esperar bajo un grupo de encinas a que pasara la tormenta, y deteniendo su alazán, se desnudó el casco para respirar el aire fresco que despejara su ardiente y aturdida cabeza. Lástima que doña Leonor, viuda del generoso don Fernando de Antequera, no pudiese en aquel instante admirar el rostro del agitado doncel con aquel embeleso que hacía murmurar a las damas de Toledo, no menos prendadas que doña Leonor del heredero de Villena.

Cuando levantó la cabeza, vió cerca de sí una mujer que le miraba con una expresión de gozo y asombro. Román esperó a que hablara; pero ella, con la boca entreabierta y los ojos fijos como en la enajenación mental, permaneció muchos instantes muda.

Era muy joven. Carecía sí de la blancura mate que hacía parecer tan bellas a las encerradas damas de Toledo; pero sus ojos, de una magnitud graciosa, eran tan negros y brillantes como los de Román: blanqueaban sus dientes en su fresca boca como las limpias chinas del arroyo y parecían sus cabellos tan suaves como las ondulaciones del agua. El jubón del vestido estaba abierto por delante hasta la cintura sin que el seno de la mujer aquella tuviese otro resguardo que una delgada camisa doblada en unos pliegues, y sin sujeción alguna en la parte de los hombros. Así que al menor movimiento, se veía el contraste que formaba su rostro y su cuello tostados por el sol, con los hombros y el seno que estaban cubiertos.

—¿Quién sois?—preguntó Román.

—¿Quién eres tú?—preguntó a su vez ella—; no eres ni mi padre, ni Barbellido, ni el Morro.

—¿Vives por aquí?—siguió Román.

—Además, continuó ella, nunca vienen por ese lado. No... te he visto venir desde lo alto de aquella peña, y has bajado de la Madre del sol. Es verdad que a lo lejos he visto pasar a otros que tambien vienen de la Madre del sol. Pero tan hermoso como tú no ví a los lejos ninguno.

—¿Quién es la Madre del sol y de quién sois hija?

—¡Cómo! ¡no conoces a la Madre del sol! exclamó la joven estupefacta. Entonces eres violeta que tiene la cabeza escondida a la luz o cárabo que no sale sino por la noche. Porque la Madre del sol es aquella, dijo señalando a la sierra de Oriente. Lo saben la zarza-rosa y la campanita blanca, que abren cuando nace el sol de la Madre, y lo saben la golondrina y la perdíz, que cantan su nacimiento. Esa es la Madre del sol; el nombre de mi padre no puedo decirlo; pero es alto como aquella encina, y puede más que todos los de este mundo. Y ha venido de allí, de la Madre del sol, porque él me lo ha dicho.

—¿Tiene muchos vasallos?

—¿Qué son vasallos?

—¿Tiene castillo?

—¿Qué es castillo?

—¿No habréis salido nunca de este bosque?

—Nunca; pero desde lo alto de las peñas he visto todo el mundo.

Román la miraba absorto. El distinguido cortesano de Juan II, ídolo de las damas de Toledo, orgullo de las castellanas cuando conseguían atraerlo a sus castillos, so pretexto de danzas y banquetes, no había sentido en medio de sus conquistas una sola de las emociones que le hacía sentir la vecina del bosque.

Y todavía se sintió más conmovido cuando, después de haber mirado el cielo y la tierra con un ansia de placer indefinible, le dijo Jarilla.

—Y más airoso que todas las ciervas y más hermoso que todos los páiaros, eres tú; te mueves como garza y suenas como ruiseñor.

Después examinó sus pies con infantil curiosidad, y se inclinó hasta el suelo para ver de cerca sus acicates de oro, que brillaban al sol reflejando sus rayos.

—Esto es lo que yo ví de lejos, continuó, y me parecía que te traían dos estrellas. Puede ser que te hayan traído dos estrellas. Puede ser que hayas venido de las estrellas... ¿Cómo te llamas?

—Román.

—¡Román!

—¿Te gusta mi nombre?

—Sí.

—¿Y el tuyo cual es?

—Jarilla.

—¡Jarilla!

—¿Te gusta el mío?

—Sí.

—¡Oh qué alegría, ven. Iremos a buscar otro sitio donde no te incomode el sol. Román, yo tengo muchos sitios donde voy por las siestas sola. Hoy vienes tú conmigo, Román!

Y la joven lo condujo de peña en peña hasta el fondo del valle, donde encontró una gruta formada de plantas acuáticas, que se enredaban en los troncos de los fresnos, mitad naturalmente, mitad conducidas por la mano de Jarilla, que había apartado de aquel sitio las malezas. Parecía aquella gruta en la cuenca de las sierras, un nido de tórtolas. Jarilla hizo entrar al opulento heredero en su recinto inocente, no hollado todavía por la planta de un hombre, y le hizo sentar en el lecho de flores que todos los días preparaba con las más perfumadas y bellas que podía arrancar del valle. Sentóse luego a su lado, y empezó a contemplarle con la misma tenacidad. Pero cuando estaban más embebecidos en contemplarse los dos jóvenes, oyeron entre las zarzas un ligero ruido, y Jarilla se levantó temblando. Luego una cabeza negra, adornada de dos airosas astas se asomó a la boca de la gruta... Jarilla empezó a reir como una loca, y arrojándose al cuello de la huéspeda, le dió un beso en la frente, diciendo a Román:

—No tengas miedo, es mi vaquita.

Y volvió a sentarse.

—Román, continuó, a tí te había yo visto antes de ahora, dormida me parece; soñando... una tarde que dormí aquí. La única tarde que he despertado llorando. Sabes que había tormenta... Y cuando hay tormenta tengo un atán de ver uno... para que esté conmigo, viendo lo que pasa... y si truena que me defienda... En fin, no sé, mi padre sabe esto, y me da una bebida, porque si no me iría por el bosque a buscar a aquel que espera mi corazón... que esperaba, porque ya no le espero. Yas has venido; pero hoy me escapé cuando hubo tormenta... ¡Ya te encontré! Eras tú...

Y la joven, encendida, confusa, palpitante, trastornada, se pasaba las manos por la frente, queriendo coordinar sus pensamientos.

—Doncella, exclamó Román, sueño y esperanza de mi corazón, también solitario entre las gentes como el tuyo entre las aves, no, tú no te pareces a mujer alguna de las de esta liviana raza... Yo volveré a verte, pero no puedo detenerme un instante más.

—¡Cómo! ¿quieres dejarme? exclamó la joven asiendo su mano.

—Si; pero volveré.

—¡No!

—¿Cuándo quieres tú que vuelva? ¿En qué sitio he de encontrarte? Te digo que volveré.

Ya el sol iba cayendo tras de la sierra de Monsalud, cuando Román divisó desde la colina el castillo que creyó ser el destinado para morada de S. A., si bien no veía en sus torres tremolando el pabellón real.

Seguía Román su dirección, y ya estaría como a media legua del castillo, cuando el silbido de un dardo pasó cerca de sus oidos, y dos hombres altos apa-

recieron junto a una roca. Desnudó Román su espada, y colocándose tras de una roca, esperó serenamente a uno de los dos hombres, que preparaba la ballesta mientras el otro huía con el caballo. Mas cuando el hombre de la ballesta se disponía a herirle, oyó tras sí una voz fuerte que decía al de la ballesta: «Déjalo,» Y entonces se marchó el hombre de la ballesta y ninguna otra voz volvió a sonar, como no fuese la de los cárabos de monte que empezaban con las sombras a repetir entre las jaras el ¡au! ¡au! no interrumpido.

Román llevó las manos a la cabeza dando un gemido, tendió convulsivamente el brazo hacia la espada, y quedó inmóvil. Hubo un momento de silencio en que no se oía más que la respiración agitada del doncel. De repente la figura de un moro de colosal estatura apareció con un brillante puñal. El doncel abrió los ojos, y no pudiendo resistir la claridad, volvió a cerrarlos; pero sus dedos se crisparon sobre el puño de la espada, y quiso levantar la cabeza, dejándola otra vez caer de golpe. El moro se acercó a él y le examinó un instante; después le puso el pie en la frente, y se inclinó acercando el puñal a su corazón.—«Perro hidalgo»—murmuró en árabe cuando iba a hundir el acero. Pero de repente arrojó el puñal, alzó el pie que tenía sobre la frente del enfermo, la tocó con su mano, levantó los párpados suavemente, aplicó en su pulso las yemas de los dedos, y escapó precipitadamente.

La primera luz del crepúsculo empezaba a clarear cuando el moro volvió trayendo sobre sus hombros un jergoncillo lleno de paja, un jarro que debía contener alguna bebida, y un lío de trapos blancos. Puso el jarro en el suelo, tendió el jergoncillo, sentóse luego cruzando las piernas, cerca de Román, sacó una lanceta, tomó la mano del joven, rompió la vena, examinó con profunda atención la sangre, y vendó la herida. Tomó en sus brazos al joven, le colocó sobre el lecho, y cuando volvió en sí le hizo beber del jarro. Después se perdió entre los árboles de la alameda.

***

Después de doña María, Princesa de Portugal, la más hermosa dama de aquel reino era sin disputa su antigua dama de honor la duquesa heredera de Silves. Don Alvaro de Luna, que así disponía unas nupcias como facilitaba un divorcio, cuando se acomodaba a sus planes políticos unir o divorciar a las gentes, había llevado a cabo la empresa de interesar al portugués en la guerra contra los infantes, por medio de un enlace entre dos familias poderosas. Ganóse la voluntad del duque de Silves, que era entonces jefe de los hidalgos, y consiguió del duque que aceptase la alianza del señor de Villena, casando a los herederos de ambos títulos.

Antes de pasar don Juan de Toledo a las Andalucías, se verificaron por poder los esponsales, habiendo costado a doña Leonor, viuda de don Fernando de Antequera, muchas y amargas lágrimas el casamiento de Román; pero el joven se había prestado al deseo de su padre con la indiferencia del que no se ha enamorado todavía.

Ciertamente que doña Leonor, viuda de don Fernando de Antequera, podía considerarse como una mujer muy diferente de todas las de su tiempo. A su bella presencia reunía la majestad de princesa real, que daba a su actitud y a sus palabras la gracia de reina, cuando por otra parte su modestia y dulzura embelesaban los corazones. Harto ingenua para disfrazar sus sentimientos apasionados, había distinguido al doncel con favores que no podían dejar a éste dudoso acerca del afecto que inspiraba; pero Román, para no amarla tenía una razón sola, poderosa, incontrastable: doña Leonor era «viuda». El poético ideal de aquel joven, que se adelantaba a las ideas de su siglo, era la hermosa doncella inteligente y espiritual, y no le permitía distinguir perfección alguna en las demás mujeres a quienes faltase alguna de esta cualidades.

La duquesa de Silves había ido a Medina del Campo a unirse con la Reina, y ahora en el castillo se dispone el recibimiento para la ilustre Princesa y su noble dama, y se esfuerza don Juan II por parecer contento, cuando su corazón está despedazado por la huída del Príncipe don Enrique con el desleal Pacheco.

El doncel se ha restablecido en los días que transcurrieron desde que lo dejamos presa de una fiebre maligna. Está descolorido y lángido, pero ya ha podido

sentarse sobre el lecho, y escuchar a su doctor, que con las piernas cruzadas había sentado en el suelo.

—Pensé matarte,—decía—pero al acercar a tu pecho el puñal, conocí por tu respiración, por tu encendimiento, y por el ardor de tu frente que penetraba en la planta de mi pie, que estabas enfermo, y me dió asco de matar a un hombre enfermo. Después te conocí... tú me salvaste cuando...

—¿Conque os debo la vida?—interrumpió Román.

—No quiero tu agradecimiento, hidalgo,—contestó el moro pronunciando esta última frase con despecho y cólera.

—¿No queréis bien a los hidalgos?

—¡Perros!—gritó el moro levantándose y mirando con ardientes ojos a Román.

—Venid,—dijo éste con dulzura, tendiéndole la mano,—acaso haya alguno bueno.

—Tú,—respondió el moro con ternura y despecho al propio tiempo, y volvió a sentarse.—¿No te acuerdas de mí? Yo te debo la vida, bien lo sabes. En la zanja...

El moro guardó silencio unos instantes, como abismado en dolorosos recuerdos, y luego habló.

—Yo era Rey.

—¿Vos?

—Era dueño de tres castillos.

—¡Regío!—exclamó Román.

—¡Cómo lo sabes! ¿Quién me vende?... Desgraciado de tí... Habla, ¿has venido a sorprenderme? ¿Quieren perseguirme los cristianos?

—Tranquilizaos. Nadie os molestará.

—Yo era Rey. La mujer cristiana más hermosa del mundo era mía. Juan Sago, por mandato de Enrique III, sitió mis castillos cuando yo estaba en Granada. Un perro hidalgo afrentó a mi mujer. Para mi vuelta habían los cristianos preparado una emboscada, y me llevaron a Toledo cautivo. La mujer del hidalgo se enamoró de mí y la seduje como el hidalgo a la mía. Tuve un hijo. Allá quedó en Toledo por hijo del hidalgo. Diéronme libertad y huí a estos montes. Mi mujer había dado a luz una niña... La perdoné la vida e hice más .. La protegí cuando murió su madre... ¡Pobre huérfana!

Basta... estoy fatigado... ¡Ah, qué tormento! ¡Cuánto sufro! Todo hidalgo que habitó los castillos, ha perecido bajo mi puñal. ¡Huye! Si te detuvieras, tal vez te mataría. La relación de mis desgracias ha encendido mi cólera. ¡Huye, repito!

El moro retrocedió algunos pasos para dar espacio a que Román saliera; pero éste le miró con bondad, haciendo con la cabeza un movimiento negativo.

—¿Qué quieres hacer aquí?—dijo, por fin, el moro con voz sombría.

—Consolaros.

—Inocente, son mis únicas alegrías. El que ha perdido su amada y sus castillos, debe huir como yo de las gentes, y aguardar con ansia la voz del profeta que le llame a descansar.

—¿Qué puedo hacer por vos?—repitió el doncel asiendo su mano.

—La hija de mi mujer...—contestó Regío haciendo un gesto desgarrador—la hija... del hidalgo, quedará sola.

—¡Jarilla!

—¿La conoces? ¡Ah!—prorrumpió el moro levantándose otra vez y mirando a Román con aire irritado.—Tú has descubierto su retiro, y este atrevimiento te cuesta la vida.

—Sosegaos: yo os lo contaré todo.

Refirióle Román su encuentro en la selva, y Regío se serenó por fin.

—Te ama,—dijo luego—¿la amas tú?

—La amo.

—Hazla tu mujer.

—Estoy casado,—respondió desesperadamente el esposo de doña Inés, llevando su mano a la frente, como si este recuerdo le hiriera por primera vez.

—Entonces la mataré,—dijo el moro con sangre fría.

—¡Ah, no! Regío, nada temáis. Soy caballero. La amo, pero la respetaré.

—¿Por quién lo juras?
—Por mi Dios.
—Toma mi mano.

Y el doncel, estrechando su mano, cayó desvanecido por el esfuerzo que había hecho su corazón.

Aquella noche volvió y condujo al doncel por una ruta ignorada, hasta el castillo de Nogales que habitaba don Juan II; pero la debilidad del joven era tanta, que cerca ya de los muros sintió que le faltaban las fuerzas, y tuvo que apoyarse contra un árbol.

—Mejor será—dijo el moro—que te lleve en mis brazos por el subterráneo que comunica con el primer piso, y del cual yo solo conozco el misterio, porque yo le hice construir.

Y tomando al doncel en sus brazos, lo llevó hasta unas rocas, y se hundió con él en las entrañas de la tierra.

* * *

Se había cumplido una semana desde que la duquesa heredera de Silves temía haber perdido a su marido, y que el señor de Villena esperaba haber perdido a su hijo, cuando ambos determinaron consolarse. No podía quedar duda alguna de que Román era muerto, puesto que su caballo acababa de ser encontrado cerca del castillo con un acicate atado al pescuezo, prueba inequívoca de que los asesinos de la selva habían concluido con el doncel.

Había prometido el Rey dar a Román el castillo de Salvatierra, cuando se casara con la duquesa; pero no pudiendo ya cumplirse esta oferta en el hijo, hizo presente al condestable el señor de Villena que podía cumplirla en el padre. La alianza del portugués era en estos momentos tan importante, que don Alvaro se prestó a satisfacer los deseos del de Villena. Pero antes que se pusiese el castillo de Salvatierra en disposición de recibir a los ilustres novios, se les señaló a estos un departamento en el que habitaba el Rey, eligiendo tres habitaciones del primer piso, donde se recogieron sus señorías a las once de la noche.

Calcúlese la sorpresa al ver aparecer de nuevo al heredero de Villena.

—¡Mi hijo! exclamó aterrado el viejo novio.

—¡Mi marido! exclamó doña Inés, mirando con alegría el novio joven.

—Huid, gritaba Pérez; ese no es el que pensáis, es la «sombra del moro».

Aunque Juan II era Rey, no carecía de inteligencia, y en vez de ordenar que se tapiase, como hubiera querido el marqués de Villena, la sala donde se hallaba el aparecido, lo hizo venir a su presencia.

—¿Es verdad que estás aquí por arte del diablo? preguntó Su Alteza sonriendo, y alargando la mano al doncel.

—Estoy por gracia de Dios, contestó éste besándola.

Refirióle brevemente cuanto le había acaecido, reservando su entrevista con Jarilla y su encuentro con el moro; y concluyó diciendo que había entrado en el castillo por el subterráneo que le enseñó un pastor.

—No veo tan claro eso del subterráneo, dijo Villena.

—Lo que ves algo turbio, repuso de muy buen humor el Rey, son tus bodas deshechas con la venida de tu hijo.

—Señor, contestó el cortesano, la Iglesia entenderá en este asunto.

—Pero en tanto que consultamos al arzobispo de Toledo, dijo el Rey con firmeza y resolución, Román vivirá con su mujer legítima en el castillo que le hemos regalado, y del cual iremos a darle posesión mañana mismo, A no ser que la hermosa doña Inés, añadió maliciosamente, advirtiendo el interés con que la portuguesa miraba a su primer novio, prefiera retirarse a un convento hasta que el arzobispo decida.

—Señor, contestó doña Inés. V. A. ha dicho antes lo que ha de ser, y yo no tengo más voluntad que la de V. A.

No bien se habían separado del Rey, cuando Villena condujo a Román a la sala de armas del castillo, y le dijo con un furor que la ironía de don Juan había exasperado:

—Tenemos que batirnos.

—¡Con mi padre! exclamó Román.

—¡Con mi hijo! respondió el marqués, tomándolo dos espadas y empujando al doncel para que le siguiera.

—¡Jamás!

—Cobarde ¿temes a un viejo?

—Temo matar a mi padre, contestó Román, conteniendo su primer movimiento de ira.

Villena condujo a Román a una estancia apartada, y le arrojó el arma repitiendo:

—¡Defiéndete! ¡defiéndete!

—Matadme, dijo con abatimiento, pero no me batiré con vos.

—Miserable ¡tú me robas mi felicidad!

—¡Desgraciado de mí! ¡esa felicidad va a hacer mi desgracia! ¡Padre, yo no amo a esa mujer, yo amo a otra!

Villena soltó la espada, y dijo con más templanza:

—¿Luego te alegrarías de que el arzobispo decidiese en mi favor?

—Sería mi mayor dicha.

—¿Respetarás a tu mujer hasta que el arzobispo responda?

—Lo prometo por vuestro honor.

* * *

Hay en la cima de la sierra de Monsalud, una habitación subterránea a la que se desciende por la bóveda. Muchas personas han tenido por maravilla semejante vivienda, dudando qué persona humana gustase de habitar aquel sepulcro, que apenas baña un rayo de sol y en donde el aire nunca se renueva. Pero una cisterna construída cerca de la misma morada, da a conocer claramente la existencia de un ser que la habitó por largo tiempo. (1)

La noche en que se apareció en el castillo de Nogales la sombra del terrible mahometano, una semejante se deslizó a través de los muros y se dirigió hacia la sierra. Llegado que hubo el que caminaba a la mitad de la sierra, se sentó y se limpió el rostro con la punta del turbante. Contempló algunos momentos las luces que iluminaban el castillo, y se sonrió con esa amarga y desesperada sonrisa que en los caracteres enérgicos hace las veces de llanto para expresar el dolor. Luego volvió a subir más lentamente, y sería como la media noche, cuando llegó a la cima. Una luz muy débil se percibía a lo lejos, en un extremo de la sierra, y a ella se dirigió el moro.

—Abac... Abac, repitió el moro al pie de la bóveda.

—Entra, contestaron desde abajo.

Descolgóse y se halló frente a frente con Abac.

—¿Qué traes? dijo Abac.

—La desgracia, como siempre.

—Habla.

—Jarilla ama a un cristiano.

—¿No hay más?

—Es hidalgo.

—Continua.

—Y... está casado.

Calló Regío, y Abac meditó.

—La semilla vuelve a la tierra de donde ha brotado, dijo Abac gravemente; hija de cristiana es, busca marido cristiano. Deja marchar al destino. Doncella será hasta que el cristiano sea libre. No te inquietes por su honra. La doncella honrada es más fuerte que los hombres. Si el cristiano no es nunca libre, morirá doncella.

Regío se dirigió a la huerta, tomó la azada y cavó alrededor de los árboles.

Ya alumbraba el sol, y el beneficio de las plantas estaba hecho por la mano de Regío cuando dejó la azada, se limpió el rostro, descansó un instante y emprendió su camino hacia el castillo de Salvaleón.

---

(1) Aun existen en la cima de esta sierra las ruinas de un castillo; pero la bóveda de que trato, así como el algibe, parecen de época posterior. En la misma cima de la sierra se alzan también las [illegible]

Román apretó su corazón con la mano haciendo chocar contra el peto resonante guantelete, y dijo entre dientes.

—¡Volveré muy pronto... muy pronto, Jarilla! Los espíritus traen tu voz por los aires. Mahoma quiere que seas mía, y... volveré.

Pero volvamos a Alburquerque. Se disponía ya Román a abandonar a doña Leonor, pero don Enrique le dijo:

—Ha terminado, bizarro joven, nuestra enemistad con tu Rey, y han cesado por lo tanto, las honrosas causas que te alejaban de nuestra corte: nuestro agradecimiento por el servicio que has prestado a mi amada madre, es sin límites, y queremos darte un testimonio de él haciéndote aceptar en nuestra corte uno de los cargos más dignos que tenemos.

—Señor,—respondió el doncel inclinándose hasta el suelo—nada debo aceptar, porque no lo merezco, y porque no puedo permanecer en vuestra corte...

—La Reina desea hablaros, y señalando al aposento de doña Leonor, le despidió de sí.

La Reina estaba radiante de felicidad; había salvado a su hijo. Hallábase transformada su persona, con el matiz carmín que la reacción del cansancio había traído a su rostro, y que brillaba sobre el manto de terciopelo negro, como la luna cuando aparece entre nubes con el color encendido, presagio seguro de tempestad.

—Nunca,—dijo doña Leonor dando a besar su mano al caballero—nunca, Román, se desanubla tu entrecejo. ¿Eres desgraciado, hijo mío?

La dulzura con que la Reina pronunció estas palabras, conmovió al doncel, y exclamó con efusión:

—No, señora, no puede ser desgraciado el que logra de vos que le habléis con tal bondad...

—Hemos resuelto—continuó la Reina más animada—que te quedes en nuestra corte.

—Imposible,—replicó Román retrocediendo un paso.

—Tendré tres hijos—añadió la Reina con acento verdaderamente maternal.—Te miraré como a hermano de don Enrique y de don Pedro.

—Imposible, señora.

—¿Tan fuertes lazos te sujetan a la corte de don Juan? ¿Amas a doña Inés?

—Voy a abandonar la corte de don Juan, y no volveré a ver a doña Inés.

—¿Pues dónde vas?—prorrumpió la Reina, levantándose a medias del sillón.

—No lo sé.

—Román, ¿qué misterio es ese? ¿No merezco que me confíes tus secretos?

—¡Ah, perdone V. A.! Mi secreto debe morir conmigo.

Un rayo de esperanza penetró en la mente de la Reina. ¿La amará el doncel, y su pundonor le obligaría a huir de ella?

—Román,—le dijo—este momento es muy solemne para los dos; habla. ¿Amas a otra que no sea doña Inés?

—Sí.

—¿Temes ofenderla?

—Ya lo sabe.

—¿Lo sabe?

—Lo adivina.

—¡Ah!...

La dama se dejó caer en el sillón como temiendo haber comprendido demasiado.

—¿Y quieres huir de ella?

—Voy a buscarla.

—A buscarla,—gritó doña Leonor fuera de sí, levantándose de su asiento,—pues ¿donde está? ¿Quién es?...

—No la conoce V. A.

—Basta,—repuso doña Leonor con dignidad.—Sé dichoso. ¡Adiós!

—Adiós, señora.

Iba a salir el doncel cuando un golpe como de cuerpo que se desploma, resonó en la estancia: volvió y halló a la Reina sin sentido. Al ruido acudieron las

damas, y la trasportaron al lecho. Román esperó en la antecámara a que volviera en sí, y después se despidió de los infantes y se dirigió a los reales castellanos.

Nada; ni el amor de la hermosa Reina había podido torcer aquel corazón de finísimo acero, templado al fuego que ardía en el siglo XV, y que ya en nuestros tiempos no volverá a arder. Allá va atravesando el Gébora en su negro caballo... Ya llega al campo de don Juan.

Román besó la mano al Rey, y saludó a don Alvaro.

—Su Alteza—dijo don Alvaro—ha sabido vuestra acción, y en premio de ella...

Pero Román se adelantó vivamente, y besando de nuevo la mano del Rey, rogó a don Alvaro le ahorrase el dolor de parecer ingrato con el Rey, porque nada podía aceptar.

—Sé—añadió—que me expongo a perder la gracia del más generoso de todos los soberanos; pero no debo abusar de su magnanimidad. Solo una demanda, hija del único deseo que tiene mi corazón; solo una demanda tengo que hacer a S. A. Dichoso yo, si en cambio de la sangre que he derramado por S. A. se digna otorgármela. Mi agradecimiento será tan eterno, como el amor que tengo a mi Rey.

Y diciendo esto volvió a hincarse de rodillas.

Maravillados quedaron los de la corte de las palabras de Román, y no menos maravillado el Rey ordenó al caballero que declarase su deseo.

—Señor,—dijo Román—pido a V. A. la venia para retirarme de la corte, renunciando a los empleos y gracias que he debido a la bondad de V. A.

Mudo estuvo el Rey por unos instantes, examinando el rostro de su doncel para ver si traslucía la causa de su extraña petición; pero como no la adivinara, le mandó que aclarase aquel secreto.

—¿Estás descontento?—le dijo.—¿Tienes querella contra alguno de mi corte? ¿Se ha negado Villena a darte tu mujer? ¿Cual es el origen de ese maudito despecho?

—Señor, no estoy descontento de la corte, ni tengo con sus nobles caballeros querella alguna, ni el señor de Villena me ha rehusado nada; pero deseo retirarme.

El Rey, aunque algo mohino, concedió a Román el permiso de retirarse, y la corte emprendió su marcha para Medina.

Era martes 15 de Mayo.

Román volvió a tomar el camino que había atravesado con la Reina, acompañado solamente de su escudero y de dos pajes de lanza; llegó al castillo de Nogales, donde dejó su gente, descansó una hora y volvió a montar a caballo después de haberse informado de si existían algunos moros en Salvaleón.

Cada vez su rostro se iba poniendo más sombrío. Conocíase en el mirar incierto, y en la palidez de su semblante desencajado, que alguna idea terrible batallaba en su interior. Una vez se detuvo, cruzó las manos y alzó los ojos al cielo, y por la primera vez se desprendieron de ellos dos pesadas lágrimas. Luego queriendo animarse a sí mismo con el movimiento, aplicó espuelas al caballo y se metió en una cañada que conducía al castillo de Salvaleón.

Por allí corría el arroyo del Moro. Allí fué donde Román socorrió al desgraciado Regío, cuando los bandoleros lo llevaban arrastrando; y de aquel arroyo tomó el agua para bañarle el ensangrentado rostro. De todo se acordaba Román.

¿Pero por qué está tan desesperado?

Es preciso que ahondemos hasta la raiz de los pesares de Román.

Cristiano nació Román en la católica Toledo; jamás hubo caballero más exacto en cumplir los preceptos del severo dogma, ni tampoco otro alguno excedió el ardor de su fe. Pero desde su casamiento con doña Inés y su encuentro con Jarilla, Román empezó a enojarse contra las leyes de la Iglesia, que le condenaban a una desgracia eterna, y acabó de exasperarse su genio y de entibiarse su piedad, cuando vió al arzobispo sancionar un lazo que él juzgaba sacrílego. Luego la declaración del moro y el desprecio que algunos caballeros le mostraron, despertó en su alma ese enérgico instinto de orgullo, de amor de familia que inclina [illegible] a adorar lo que adoró su padre. La sangre de Regío, sangre de reyes, se

animó en las venas de Román, comunicándole todas su pasiones. Román pensó en la grandeza de alma, en los infortunios de su padre, y pensó también en su religión...

—¡Ah!—dijo para sí.—Como hubiera sido moro, sería esposo de Jarilla...

Esta idea, que pasó rápidamente por su imaginación, le sobrevino muchas veces, y una de ellas se fijó tanto en su cabeza, que le obligó a discurrir:

—Si yo abrazase la religión de mi padre, yo sería libre... y podría unirme a Jarilla... con ella, tan inocente, tan bella, tan enamorada. De otro modo jamás podré acercarme a Jarilla. No, jamás La amo, la respeto demasiado... Pero siendo moro la sacaría del castillo de Salvatierra y...

Desechó este pensamiento y se arrojó a los muros de Alburquerque, decidido a morir. Pero más tarde supo la decisión del arzobispo y entonces se dijo con firmeza: -Seré moro, y seré libre.

La noche de contemplación a la luna en el castillo, pensó solo en esto.

Cuando acompañando a la Reina creyó oir su nombre repetido por Jarilla, dijo también:

—Volveré pronto, Jarilla, volveré...

Y al pensar en que volvería a verla, un placer frenético llamó a su pecho con golpes redoblados.

No: no eran ni el orgullo de familia, ni el dolor de oirse apellidar bastardo, ni su aversión a doña Inés, las causas principales que inspiraron a Román la extraordinaria idea de mudar de religión. No. Esto solo no podía justificarle con su propia conciencia, si un delirio que perturbaba su razón no ahogase en él la voz de su fe cristiana. Este delirio era su pasión a Jarilla. Cuando se ama como amaba Román, cuando se hace de una mujer un ídolo, no se conforma el alma con amarla en este mundo. Es preciso seguirla al otro; y para seguirla, para hallarla en la gloria o en el paraiso, quería Román identificarse con ella, profesar su religión, salvarse o condenarse con Jarilla. Este delirio que he dicho ya, este delirio es el que conduce a Román al borde del abismo. Los que no habéis amado como él, nó podéis comprender su locura.

Mas allá del sepulcro de Regio está la gruta de Jarilla y la «fuente de las Adelfas.» Bien se adivina su proximidad por el alto concierto que se oye de ruiseñores y de tórtolas. Los pájaros tienen sus sitios reales, sitios de privilegio para pasar la primavera, y las tórtolas y los ruiseñores han escogido las enramadas frescas, floridas, lujosas de la fuente de las Adelfas.

La presencia de aquellos objetos amigos de Jarilla, el influjo de aquella vegetación rica, lozana, vigorosa; el silencio, la inocencia, elencanto, la frescura de aquellos sitios han hecho en el ánimo de Román una revolución completa, y grita con palpitante acento:

—¡Jarilla! amada mia, ¿dónde estás?

Un eco suave respondió á su voz. Un eco como el pío de una calandria. Román se acerca a la fuente, y recibe en sus brazos a la hermosa Jarilla.

—Sí, dice Román estrechando con locura el talle de la joven; sí, soy yo... ya cesaron las penas, las lágrimas, la ausencia, y cesaron para siempre. Ya soy libre; ya he sacudido el yugo que sujetaba mi cuello, ya he renunciado al mundo; ya lo he abandonado todo por ti; ya nunca nos separaremos.....

Pero Jarilla no podía contestar a las extremadas protestas de su amante.

—¿Que tienes, amor mío? exclamó Román sobresaltado. ¡Qué pálida estás!.... ¡Qué cambio, Dios mío!....

En efecto, Jarilla semejaba una sombra; su rostro tenía la transparencia del hielo; parecía que sus fuerzas estaban agotadas en el desaliento que se advertía en su actitud. Respiraba con dificultad. Quiso hablar, y sus labios quedaron entreabiertos.

—Pero ya la salud, ya la alegría, prosiguió Román haciendo sentar a su amada sobre el lecho de flores, volverá a reanimar tus tristes ojos, ¡alma mía! Descansa, estás rendida.

Jarilla estaba absorta mirando a Román. Hacía mucho tiempo que se había apoderado de la joven una extraordinaria ilusión, y era que en todas partes veia a Román. Acostumbrada a soñar con él, a verle y oirle en la fantasía, creyó por

el pronto que estaba soñando, y no dió muestras de sorpresa ni de júbilo; pero cuando se convenció de que era la realidad, se arrojó otra vez en los brazos de su amante, y prorrumpió en lágrimas.

Luego habló así.

Al fin te veo, Román.—Vienes cuando empieza a correr el arroyo de flores. —Vienes cuando la zarza-rosa está en flor.—Estoy muy cansada de buscarte.— Te fuistes del castillo, y luego volviste.—Yo fuí a buscarte y era otro.—Después, una noche vinieron por mí sin luz.—Quise gritar y me taparon la boca.— Me llevaron en un caballo.—Fuimos a otro castillo.—Hubo tormenta.—Cayó piedra.—Abrieron todas la puertas.—Me escapé.—Me escondí tras de la torre. —Por la mañana abrieron, yo salí al campo, corrí por todas partes, y te llamé. —Tampooo respondiste.—Ví la ribera y seguí por su orilla.—Descansando algunas veces, llegué hasta otras peñas altas; me subí en ellas, y te llamé.—Yo estaba muy cansada.—Me puse á llorar, cuando vuelvo la cabeza y veo mi vaquita..... —Le dí muchos besos.—Ella anduvo delante, y yo la seguí.—Ella me trajo a la fuente.—Entré en la casa y no había nadie.—Ni Barbellido ni el Morro.—El arca estaba abierta.—Allí tenía mi padre oro.—Me quité el vestido blanco que me dió la señora, y me puse este.—Bebí leche de la vaca, y me acosté a dormir.—Soñé contigo,—soñé que venías.....¡Ah, ya estás aquí! ¡Román, Román, ya viviré contigo para siempre!....

Jarilla había hablado con tal violencia, que cayó postrada por este esfuerzo en una penosa languidez. Su respiración era ahogada, y a su palidez había sucedido un sonrosado febril.

Román la escuchaba estático. Los últimos rayos del sol bañaban el rostro de su amada al través del ramaje, presentándole como una estrella celestial. Román la miraba como a la esposa que después de tantas penas le concedía Dios ¡El Dios de Jarilla, el Dios de los moros y el Dios de Román! Ya ni en la otra vida se apartará de ella. Ya va a unirse a Jarilla por toda una eternidad.

¿Quién podrá evitarlo? ¿Quién será bastante poderoso para separar a Román de su inocente compañera? ¿No es ya libre? ¿No es ya moro? ¿No puede ya unirse a una mora y vivir en la selva olvidado y feliz?

Román está loco de felicidad. Besa la mano de Jarilla, y su cabello flotante, y las orlas de su vestido

Después habló a Jarilla de su vida futura, concierta con ella el medio de vivir en la selva, manteniéndose de la caza y de la fruta, como su padre, y se propone trabajar en el huerto y formar en la ribera muchas grutas donde venir a reposar con su amada. Román levantará las enredaderas ya caidas, y trasplantará en la otra orilla nuevos rosales para embovedar los huecos de las peñas. Román limpiará la fuente para que derrame sus cristales alrededor de la gruta, dándole frescura y rumor.

Jarilla está embelesada; una dulce y continua sonrisa agita sus labios. En el colmo de la dicha vuelve los ojos hacia la ribera, y tomando una expresión sublime exclama:

—Tú oiste mis ruegos. ¡A tí debo el haberle hallado! Román ven conmigo, ven a la encina de María.

Más allá de la fuente de las Adelfas, y escondida entre otras encinas, había una vieja, a la que solo quedaba el tronco carcomido y dos ramas que se levantaban á un lado y a otro del tronco. El agua corría al pié de ésta encina lamiendo sus raices del todo descubiertas, y queriendo en vano reanimar con su frescura la perdida juventud del árbol. Jarilla se acercó a él respetuosamente, y levantándose sobre las puntas de sus pies, separó las ramas con ambas manos.

El último rayo del sol doraba la cúpula de la encina. Entre las dos ramas, y en el hueco del tronco, estaba la imagen hermosa y triste de la Virgen de los Dolores, encerrada en una urna de cristal.

—Esta es, dijo Jarilla, la virgen que adoraba mi madre. La escondió aquí para que mi padre no la viese. A ella la pedí que volvieras..... Arrodíllate, Román, y reza conmigo.

Jarilla se arrodilló, y besó el tronco; pero Román permaneció inmóvil, petrificado. ¿Veis el vástago del árbol nacido entre dos peñas? Así está su planta

arraigada en la tierra. ¿Veis la espiga en el mes de Agosto? Así es el color de su semblante.

Jarilla rezaba de rodillas.

«Santa María..... madre de Dios....»

El sonido de estas palabras sacó al fin a Román de su atonía; miró despavorido a la virgen, y huyó como un demente por el valle.

Román se huyó por la selva, y Jarilla le sigue y le llama en vano. Mil veces ha repetido ¡ven!... ¡ven!... El cárabo responde con su perenne canto.

Jarilla, sin aliento, destrozado el pecho por las palpitaciones redobladas de su corazón, se deja caer en una piedra, y rompe en amarguísimo llanto. Vénse correr por sus mejillas una tras otra lágrima, bañándola el pecho; y a la luz de la luna remeda la imagen de María aquel rostro dolorido. Lloró mucho, lloró sin descanso la pobre doncella. La luna había andado la mitad de su camino, y aun no había cesado de llorar; sus labios estaban ensangrentados con la fuerza de sus sollozos... ¡Pobre Jarilla!

Román entretanto giraba por el monte sin saber cómo librarse de su propia sombra.

La fe del cristiano caballero, reanimada con la vista de la virgen María, abrasaba su corazón, y le acosaban los remordimientos del sacrilegio que había cometido.

Detúvose sobre una colina, y permaneció abismado en una sombría desesperación. Pero luego se acordó de Jarilla, a quien había dejado sola.

Entonces reflexionó; su espíritu agitado recobró un poco de serenidad, y se dirigió a la fuente, triste, pero resignado.

Cuando Jarilla sintió el ruido de sus pasos, se levantó, y al verle tendió los brazos hacia él; pero Román la rechazó dulcemente, y tomando su mano la hizo sentar en la peña.

—¡Ah! exclamó Jarilla con acento desgarrador. ¡No me amas!—Huyes de mí.

—Sí, hermana mía; sí te amo. No huyo de ti. He venido a buscarte.

—¡Ay Román, cuánto he llorado!... —creí que me abandonabas para siempre. —Hace algún tiempo que sufro mucho,—tengo la cabeza ardiendo,—creo a veces que voy a morir, y necesito estar a tu lado. —No quisiera morir aquí sola.

Jarilla al decir esto inclinó su cabeza sobre el hombro de Román; pero éste se levantó con respeto y se alejó un poco de ella. Era extraordinario lo que acontecía. Tocar solamente su mano, le parecía una profanación. La religión había vuelto a poner entre él y Jarilla una barrera insuperable. Jarilla era cristiana. La Virgen de los Dolores era la madre de Jarilla. ¿Quién sería bastante osado para acercarse a ella? ¿Cómo el siervo de Mahoma se atreverá a ser esposo de la doncella cristiana?

Al día siguiente empezaron Román y Jarilla a realizar sus proyectos de método de vida, igual en un todo al que tenía su padre. Román cazaba con el arco de Regio, mientras que Jarilla disponía su almuerzo de leche y legumbres, y después se iban a la gruta en tanto pasaban las horas de calor.

Además de la vaquita negra de Jarilla, tenía Regio otras vacas, que acostumbradas desde que nacieron a las caricias de Jarilla, venían por las tardes a regalarle su leche. La huerta cultivada por Regio daba a los dos jóvenes hartas legumbres para su regalo, y a esto se añadía la caza que diariamente traía Román. Así, la vida poética de los bosques había podido hacerse práctica sin inconveniente alguno.

Pero sucedía una cosa bien extraña. No pasaba un solo día sin que Jarilla vertiese lágrimas amargas. Levantábase al amanecer risueña y feliz con sus dorados ensueños, y corría a los brazos de Román ansiosa de dar expasión a su cariño. Román se adelantaba a recibirla palpitante de placer, y luego retrocedía y la rechazaba. Jarilla prorrumpía en sollozos, y entonces el joven se arrodillaba ante ella y besaba el extremo de su vestido. Marchábase a la caza, y cuando tornaba se repetía la misma escena. La doncella le nombraba con los nombres más tiernos, y le tendía los brazos... Pero él se retorcía los suyos desesperado, y huía lejos de ella.

Al fin Román, no pudiendo resistir sus melancólicas miradas, ni su apasiona-

do acento, se abstuvo de mirarla y de oirla. Prodigaba a Jarilla los más tiernos cuidados sin levantar los ojos hacia ella, y la acompañaba a sus solitarios paseos sin desprender sus labios una sola vez.

Esta conducta se le hizo insoportable a la ingenua amante. Su corazón se oprimió lleno de angustia. La creencia de que Román había dejado de amarla, se apoderó de ella, y faltó el sueño a sus ojos y el sosiego a su alma, y su enfermedad se agravó.

Una noche en que la luna empezaba a menguar, y que algunas nubes cubrían el cielo, estaban los dos sentados en una peña, y dijo Jarilla muy [illegible] y con mucha tristeza:

—¿Quién volverá a verte, luna, tan hermosa como estabas?

Roman la miró sorprendido, y la preguntó con dulzura:

—¿Porqué dices eso, hermana mía?

—No sé, respondió Jarilla sin apartar los ojos de la luna..... pero tengo miedo...

Roman hizo como que la rodeaba con sus brazos, y replicó sonriéndole para animarla:

—¡Miedo!... ¿Pues no estoy yo contigo?

—Sí... pero no tengo miedo de los lobos... ni nada... es otro miedo... es miedo de la oscuridad... no sé... anoche desperté angustiada... Me [illegible] la respiración... siempre estoy bebiendo, y siempre tengo sed. Sufro tanto... Veo tantas visiones...

Al decir esto, escondió la joven su cabeza en el seno de Román, y quedó como dormida.

—¡Dios mío! exclamó Román asustado; abrasa tu cabeza... [illegible] amante mía: ¡ah que cruel he sido! Pero qué habría de hacer... ¡Que habría de hacer sino huir!...

Jarilla había cerrado los ojos y parecía que descansaba más tranquila en los brazos de Román. La luna acabó de ocultarse; hubo algunos minutos de silencio en que Román no se atrevió a respirar siquiera, temiendo inquietar a Jarilla.

—¡Ah! exclamó esta como soñando; no me separes de ti... [illegible] —déjame morir a tu lado... Román, prosiguió con febril violencia, Román te amo... —Te amo... El miedo que tengo es de perderte. —Me siento [illegible] no quiero morirme, porque soy para siempre tuya. Román, por las noches despierto temblando... quiero llamarte, y me falta la voz... Otras veces te veo en la oscuridad... voy a abrazarte y huyes... ¿Dónde vas? No me dejes. ¡Román, te amo!...

Calló Jarilla, y su pecho resonaba con un ruido sordo. Quiso proseguir y se desmayó.

Roman la trasportó a su lecho, y veló toda la noche de rodillas, rezando oraciones cristianas.

***

Yo no sé; pero hay días peligrosos para los enfermos del corazón. Días cargados de electricidad que agitan nuestro ser con sensaciones desconocidas. Días en que se piensa en la vejez, porque se ve marchitada una flor; días en que se piensa en la muerte, porque se ve morir la primavera. Todo nos sobresalta en estos días. Dos garzas que van en una dirección a esconderse en los fresnos. Una alondra que lleva en el pico una paja para su nido. Una vaca que da leche a su cría en lo alto de un monte. Siéntese en el corazón una cosa, como miedo, como el vacío, como la indefinible emoción que sentía Jarilla.

Es el último día de mayo, el día más solemne para la juventud. En este día es cuando vienen a espantarnos todos los fantasmas de nuestros sueños de doncellas, y este día decide de nuestro porvenir, ya perdiendo para siempre a los amantes, ya ciñéndolos con una aureola de eterno resplandor.

—Román, dijo Jarilla cuando estuvieron en el bosque y al pie de la ribera; Román, dame agua con tu mano. Coge el agua de entre las mismas flores.

Román dió de beber a Jarilla, y se extremeció al sentir el ardor de sus labios.

En su primer impulso besó la mano donde había tocado Jarilla.

—Hazme, añadió ella, una almohada con las ramas de la retama fresca... ¡me duele tanto la cabeza!

Román cortó los ramos floridos, y colocó sobre ellos la cabeza de Jarilla. Su pálida frente contrastaba con el oro de las flores y sus cabellos castaños ondeaban sobre ellas como las alas de una paloma torcaz tendidas al sol.

Román se sentó a su lado y estrechó contra su seno las pequeñas manos de Jarilla, frías y temblorosas. Poco a poco fué inclinando su cabeza para aspirar el aliento de la doncella, cuya respiración difícil la precisaba a tener la boca entreabierta. Sus dientes brillaban con una blancura semejante a las de las florecillas del riachuelo. Los ojos de Jarilla, animados de un fuego facisnador, estaban fijos en Román sin apartarse un instante.

—Duerme, dijo Román muy agitado, viendo que la joven, cada vez más lánguida, no podía tener los ojos abiertos.

—No tengo sueño, contestó, no sé qué tengo...

Guardaron silencio, y luego preguntó Jarilla:

—¿Oyes las tórtolas como arrullan?... ¡Cuántas tórtolas hay aquí!... Yo no sé qué me sucede cuando las oigo arrullar, prosiguió con los ojos brotando lágrimas.

Haçía unos instantes que Román estaba agitado por una idea dominadora. En vano procuraba serenar su espíritu. En vano apartaba sus ojos de Jarilla. Una fuerza superior a su voluntad le traía magnetizado a los pies de su amada. No atreviéndose a tocar la mano con su boca, besaba continuamente su ropaje y las flores que había en torno de su cabeza.

—Amada mía, exclamó por fin Román, levantándose precipitadamente; huyamos de aquí... Abandonemos este sitio; ya lo hemos visto; vamos a otra parte...

Román atribuía a la influencia de aquellos sitios la turbación que experimentaba. Nada hay más supersticioso que la pasión.

Levantóse Jarilla, y apoyada en su brazo, siguieron la ribera arriba. Veíase la banda blanca del arroyuelo hinchado de flores, que no cesaba de temblar como el seno de Jarilla.

—Vamos, dijo ésta, a la fuente de las Adelfas.

—Vamos, replicó Román con la esperanza de recobrar allí calma.

Se aproxima la siesta y el aire empieza a sofocar. Cada vez las nubes cargadas se interponen entre el sol y la tierra y hacen más pesada la atmósfera. El mismo color aplomado, sombrío y melancólico tienen los cielos que las montañas. Las nubes semejan montes, y los montes nubes, y Román y Jarilla parecen a lo lejos dos seres que flotan en la inmensidad.

Sentóse Jarilla en el borde del manantial y Román al lado de ella. La fuente exhalaba un débil rumor, al verterse por entre las raíces de los árboles. Parecía a veces un gemido.

—¿Oyes, Román, dijo Jarilla, qué dulce ruido hace la fuente? Corta las flores de las madre-selvas.

Román hizo una corona de flores, que ciñó a las sienes de Jarilla, y ésta se sonrió. Pero las flores, ya un poco marchitas, se deshojaban, y Román iba besando cada hoja que caía. Jarilla al mismo tiempo arrancaba las flores de otro ramo y las echaba en la fuente. Las flores giraban en torno, luchaban con el agua, se sumergían, tornaban a la superficie y luego corrían arrastradas por la corriente.

Fatigóse la joven de aquel juego y reclinó su cabeza en el hombro de Román.

¡Ultimo día de mayo, qué hermoso eres! Tus fuentes tienen una música melancólica que nos conmueve el alma. El agua tibia exhala no sé qué miasmas de placer.

Román inclinó su frente sobre la cabeza de Jarilla. La corona de madre-selvas separaba su boca de sus cabellos. Muro harto débil y harto perfumado para que salvase de sus arrebatos a la doncella.

—¡Román, balbuceó Jarilla, Román, te amo!

—¡Dios mío, exclamó Román, huyamos de aquí!

Y con mano vigorosa apartó de la fuente a la doncella.

Pero Jarilla estaba como exánime. Un frío nervioso la extremecía

—Sí, dijo Jarilla débilmente. La humedad me hace daño... y el ruido de la fuente... yo no sé... Román, llévame a la gruta... allí estaré mejor... sosténme bien... dan vueltas los árboles...

Oprímese el corazón con ambas manos, como si quisiera contener sus palpitaciones y prorrumpe en dolorosos gemidos.

Román, silencioso y con la desesperación retratada en el semblante, se aproxima más a ella y la llama por los nombres más santos. Jarilla, en vez de responder, se tuerce los brazos y se golpea la frente. Román besa aquella frente adorada y se arrodilla delante de ella.

—¡Román, exclamó Jarilla con una expresión indefinible, Román ya me amas... lo conozco... has besado mi frente!

Y la joven tendió los brazos hacia él.

Pero Román retrocedió, y arrepintiéndose luego volvió a aproximarse a ella para volver a retroceder.

—¡Dios mío, gritó alzando los ojos al cielo con enérgico ademán, Dios mío, basta ya; tened piedad de mí. .

Y por segunda vez de su vida corrieron otras dos lágrimas por las mejillas de Román. Las últimas que había de verter aquel caballero noble y desgraciado.

Jarilla, ya con el delirio de la fiebre, se levantó y vió llorando a Román. Entonces su piedad instintiva se despertó en ella y estrechando contra su pecho la frente del joven, la inundó de caricias.

Román estrechó a Jarilla entre sus brazos como queriendo ahogarla y morir con ella; y luego, furioso consigo mismo, se desprendió de la gruta y huyó como un insensato.

***

Ya veo tu postrer reflejo hundirse tras de la cumbre de la sierra, último día de mayo.

Triste alumbras estas selvas. Te despides dejando a la doncella en la agonía dentro de la gruta.

Ya era tiempo de descansar. La enfermedad había recorrido todos sus grados. Anoche debió de morir Jarilla, y su misma pasión reanimó su aliento algunas horas más. Harto hizo con resistir todo el día.

Ya su cerebro empezaba a trastornarse cuando la abandonó Román. Espantóse al ver huir a su amado y quiso salir de la gruta; pero le faltaron las fuerzas. Acordóse de la virgen María... quería verla. Fué a gritar y se le entorpeció la lengua, ya amoratada, ya negra. Agitáronla violentas convulsiones. Cayó luego en un letargo.

Ultimo día de mayo... ¡Adiós!

. . . . . .

Román, después de haber dejado la gruta giró sin saber adónde, por una y otra senda. Subió a lo alto de las peñas y tuvo ideas de precipitarse, pero Román pensó en que Jarilla quedaba abandonada.

Aguardó a serenarse. Pasó una hora sobre las peñas, y al descender el sol volvió a la gruta.

. . . . . .

Al día siguiente de la muerte de Jarilla y en el fondo de un horrible precipicio se encontró el cadáver de Román destrozado por las puntas de las rocas...

¡Orad por Román, que no supo ser fuerte ni débil!

¡Orad por Román, que no supo huir a tiempo de la selva!

¡Orad por Román, que vino a la selva cristiano y se hizo moro, para no ser moro ni cristiano!...

No oréis por Jarilla... los ángeles no han menester nuestras oraciones.

Diez años después de estos sucesos, fué cuando unos piadosos monjes, avisados por un pastor, hallaron en la encina la virgen que adoraba Jarilla, y fundaron la ermita que hoy existe cerca de la fuente de las Adelfas en los montes de la «Jarilla».

FIN

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498